



8 de noviembre de 1874

El espíritu de fe

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Dejo de lado por hoy lo que aún tengo que deciros sobre las amonestaciones para hablaros del espíritu de fe, y para volver a lo que os contaba hace quince días.

Es bueno recordar que el espíritu de fe, al hacernos presentes las cosas eternas, debería también darnos el valor para despreciar todas las cosas de este mundo y abrazar por amor a Dios una vida no propia de la naturaleza, sino una vida expresada por el pensamiento de las cosas divinas, por el recuerdo de la Redención, la Encarnación o los diversos misterios de nuestro Señor, por el amor y la imitación de Jesucristo. El alma entonces, elevándose a la recompensa eterna, no buscaría su satisfacción en la naturaleza. Mientras espera y sufre aquí abajo, no perderla de vista lo que hay más allá de este mundo.

Hay otro punto de vista que siempre me llama mucho la atención sobre el espíritu de la fe, y sobre el que es bueno insistir. Es muy simple, es solo esa respuesta del catecismo que nos enseña que Dios es un espíritu puro que no se puede ver, oír, tocar o sentir, un espíritu que de ninguna manera lo podemos percibir con los sentidos.

Si tuviéramos este pensamiento muy grabado en nuestra mente y en nuestro corazón, me parece que suprimiría muchas angustias, muchas preocupaciones, a todas esas preguntas que a menudo nos planteamos, porque en el fondo nos gustaría ver algo de Dios, escuchar algo de Dios, y sobre todo, sentir algo de Dios.

Esta es la aspiración más constante del espíritu humano, una aspiración recta y legítima, ya que Dios es el supremo bien, y que se nos ha prometido. Nuestras preocupaciones, nuestras ansiedades provienen la mayoría de las veces del hecho de que no sentimos a Dios como nos gustaría sentirlo. Nuestra confianza en nosotros mismos, nuestra disposición a caer en el error provienen de creer que percibimos cosas que por su naturaleza están más allá de nuestros sentidos.

Esta idea debe volver a menudo a nuestra oración. Debemos decirnos “Dios se encuentra más allá de mi razón, más allá de lo que veo, de lo que oigo, de lo que toco, porque su naturaleza es bastante oculta, elevada por encima de cualquier punto de contacto con la mía; ha podido comunicarse conmigo por un don inefable, por revelación; pero Dios en sí mismo sigue siendo inaccesible a todos mis sentidos internos y externos. Yo no veo, yo no siento, yo no toco en este mundo más que los signos externos bajo los cuales Él se ha complacido en manifestarse.

Vemos, tocamos, sentimos los signos de los sacramentos a través de los cuales nos llega la gracia. Así, en la Eucaristía vemos, sentimos y tocamos la sagrada hostia. Pero, ved cómo este misterio es una confirmación de nuestra impotencia para alcanzar por los sentidos las cosas divinas y eternas. Vemos, sentimos, tocamos el pan, y no hay pan; de la misma manera vemos, olemos, tocamos el vino, y no hay vino. De manera que vemos solo la apariencia, que recibamos, que nos alimentamos de un signo bajo el cual está Jesucristo. Y, sin embargo, esta es la forma en que vemos más a Dios en este mundo. Vemos algo que ya no es. En este algo que ya no es, Dios es, Jesucristo es. Su cuerpo vivo, celestial y resucitado está ahí, pero no lo vemos. Solo vemos esta apariencia que Dios deja para que podamos ver algo.

Reflexionando, me parece que esto debería convencernos de la impotencia que tenemos aquí abajo para ver las cosas divinas y las eternas. Si hubiera sido posible que Dios nos dejara algo más visible de su eternidad, después de haberse entregado a nosotros como lo hizo, por supuesto que nos lo habría dejado.

Entre Dios y nosotros hay un abismo, un espacio infinito. Por lo tanto, No dudamos en decir que, en las apariciones, en las visiones es *bajo una apariencia*¹ que el alma entra en comunicación con el mundo sobrenatural. Los ángeles y los santos, para aparecer en la tierra se revisten de una forma; o apariencia; es una imagen más que una realidad, porque nuestros ojos terrenales no pueden ver espíritus o almas separadas. No pueden ver lo que es celestial, lo que es de Dios.

Sin embargo, como ves, no estoy hablando ahora de lo que es Dios mismo, sino de lo que está de este lado de Dios: he saltado un abismo, he pasado de Dios mismo a Dios encarnado, Dios con un cuerpo humano.

Ahora que está en el cielo, este cuerpo solo es visible para nuestros sentidos bajo la apariencia de una sustancia que ya no es, de un pan que ya no es, de un vino transubstanciado, de modo que solo existe la forma, el color y el gusto de los elementos por los que pude llegar a nuestros sentidos.

¹ sub specie.

Todo esto es la enseñanza elemental del catecismo. Sin embargo, esta verdad ayuda maravillosamente al alma en la vida de oración. En lugar de desesperarse si pierde este tipo de conocimiento sensible y visible de las cosas celestiales, en lugar de afligirse si no puede representarse a Dios, para tener este contacto, estas primeras gracias del principio que solo son medios de Dios para atraerla hacia Él, y que aún no son una comunicación de Dios, no este preocupada. Es que llega a algo más real, más espiritual, a Dios mismo, que, siendo invisible, incomunicable, es sin embargo lo más cercano, lo más próximo, lo más íntimo, lo más presente para el alma.

Por un lado, no podemos verlo, olerlo o tocarlo. Por otro lado, está más presente en nosotros que el aire que respiramos, más íntimo que nuestros pensamientos, más en nosotros, haciéndonos vivir, más vivo, considerándonos, amándonos, dándonos la vida, el ser y el movimiento que cualquier cosa que podamos imaginar. Tomad todo lo que podáis pensar de más íntimo, más secreto dentro de vosotras, Dios es aún más íntimo, más presente. Así, esta naturaleza divina que no podemos captar, ni tocar, está dentro de nosotros.

Esta es la enseñanza católica. En el mismo momento en que pasamos de esta vida material a la otra, en la misma habitación, en el mismo lugar, en ese mismo instante, encontramos a Dios presente con todo lo que es, porque ya estaba allí antes. El alma, todavía envuelta en los pañales del cuerpo, encarnado en los sentidos que viven por ella, no podía verlo; pero, en cuanto se convirtió en espíritu puro, en ese mismo instante, en ese mismo lugar, dentro de sí misma, encuentra a Dios porque Él estaba allí.

Estas, hermanas, son verdades que conocéis, y que parece innecesario recordaros, pero sobre ellas descansa el espíritu de oración y la plegaria, porque por un lado no hay desolación por no encontrar a Dios, si el alma está convencida de que solo puede verlo después de esta vida. Por otro lado, como no hay momento, ni minuto en que uno no deba buscar a Dios, si no lo ve, al menos tenemos la completa y absoluta certeza de que realmente está a nuestro alrededor y en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, poseyéndonos, conociéndonos, amándonos y queriendo ser conocido y amado por nosotros.

Ved, queridas hijas, cómo, con la ayuda de estas sencillas respuestas del catecismo, nuestra inclinación continua hacia Dios está asegurada por el espíritu de fe, iluminada por el espíritu de fe, y constituye esa clase de firmeza de un alma que espera todo de Dios y nunca duda de Él, aunque no lo vea, ni lo sienta, ni lo toque.

Si tiene decepciones por parte de las criaturas, si ve todo tipo de acontecimientos que no entiende, si hay situaciones dolorosas en las relaciones

entre las criaturas, si hay desolación ante este mundo creado y finito, que no se detenga. Ella sabe que es así en el orden de las cosas visibles, transitorias e imperfectas. No se turba y nunca duda de Dios, porque Dios está presente en todo por su poder, por su voluntad, por su providencia. Ella sabe que Él es santo, infinito, feliz y divino.

¿Por qué, entonces, debemos tener sobre las cosas visibles, este tipo de dudas, de ansiedad, de desconfianza, este algo que parece disminuir la fe y desolar el alma? Que no sea así, hermanas. Cuanto más frío, más desolado, más nefasto sea lo presente, más deberíamos tender a ese Dios solo, que es santísimo, perfectísimo, el más divino, y detenernos ante Él.

Pasemos, pues, queridas hijas, incesantemente del presente a lo eterno, de lo visible a lo invisible. Esto, si no me equivoco, hermanas, es lo que debe ser el esfuerzo continuo del alma que quiere vivir la vida de oración. Al mismo tiempo que es su paz, es su luz y su fuerza.